

to fuerte y quedaría á salvaguardia el ejército expedicionario. A este plan quería atraer al Emperador.

Prefirió Maximiliano contrariar la política francesa que tendía vigorosamente á la abdicación, para poder tratar entonces con aquellos que había calificado de bandidos. Había en la conducta de los franceses, ataques punzantes que herían muy particularmente á Maximiliano. Los jefes del partido conservador, Lares, Miramón y Márquez, ayudados por el embajador inglés Secarlett y otros, le aconsejaron que no incurriese en el reproche que se le haría á la Francia, acusada de abandonar á los que se habían comprometido por ella. Atormentado entre los consejos de su inteligencia, que le demostraba la imposibilidad material de la lucha, y su altivez que le sujería la imposibilidad moral de la retirada, al fin se decidió Maximiliano por el partido más generoso pero menos razonable. "No quiero, dijo, que se me acuse de haber venido y regresado en los furgones del ejército frances. No quiero dejar sin apoyo á los que se han comprometido por mi causa. No puedo sufrir que esas gavillas de foragidos se precien de haber hecho huir á un Europeo, á un Príncipe."

Al recibir la contestación del general Bazaine, diciéndole que podía salir de la capital cuando bien le pareciera, se encontraba Maximiliano agitado paseándose en uno de los salones del palacio de Chapultepec, y pronunció estas palabras: "No puedo dudar ya, mi esposa está loca. Estas gentes me matan poco á poco. Estoy agotado. Dad las gracias al Mariscal por esta nueva prueba de adhesión. Parto esta noche y si desea escribirme, hé aquí mi itinerario." Iba á Orizaba, donde ya presentía la pública opinión que tomaría una resolución definitiva.

Para dar cualquier paso en sentido de apelación al voto popular, era indispensable que se diera una tregua á los combates; en este asunto el comandante en jefe francés manifestó á Maximiliano, que no podía ni tenía poderes para firmar un armisticio con los liberales, siéndole vedado modificar el programa militar del cuerpo expedicionario; en cambio continuaría activamente la evacuación del territorio, disminuyendo día por día el número de las plazas ocupadas por el ejército francés.

A las dos de la madrugada del 21 de Octubre, tres coches escoltados por los tres escuadrones de húsares austriacos y por gendarmes húngaros, recorrían la calzada de la Piedad. Acompañaban á Maximiliano, el padre Fischer, el Ministro Arroyo, el coronel Kodolich y el Dr. Basch. Pasó la noche en la hacienda de Zoquiapa, desde donde escribió á Bazaine con fecha del mismo 21 de Octubre, diciéndole que al siguiente día le mandaría los documentos necesarios para poner fin á la situación violenta en que se encontraba, no sólo su porvenir, sino México entero, cuyos documentos habían de quedar reservados hasta el día que por telégrafo se le indicara al Mariscal; y á la verdad, nunca llegaron á poder de éste. Le manifestaba que quería desprenderse de la responsabilidad que le resultase en tres asuntos: de los cuales uno era relativo á que las Cortes Marciales dejaran de tener intervención en los delitos políticos; pedía que la ley de 3 de Octubre



*Doctor Samuel Basch*

Las enfermedades de que adolecía el Príncipe Maximiliano de Hapsburgo, se agravaron durante el sitio de Querétaro, puesto por el ejército republicano de Marzo á Mayo del año de 1867. El Dr. Samuel Basch atendió al enfermo con tal solicitud, que más que médico era un amigo, á quien confiaba sus penas y le hizo depositario de sus esperanzas, aun las de ultratumba. La memorable noche del 14 al 15 de Mayo, víspera de la caída de Querétaro, recrudecieron los dolores que molestaban á Maximiliano, y para calmarlos le ministró Basch una píldora de opio á las tres de la madrugada. En la prisión acompañó Basch á Maximiliano, hasta que fué separado el 14 de Junio por orden del general Escobedo, considerándole complicado en la conspiración urdida para libertar al Príncipe. Pero después se le permitió al Doctor volver al lado de Maximiliano, y por orden de éste formó una lista de las personas á quienes el sentenciado á muerte quería dejar algún recuerdo; le entregó una sortija y un escapulario para la Archiduquesa Sofia, madre del reo, y le recordó las recomendaciones que con anticipación le tenía hechas. Basch estrechó por última vez la mano del Príncipe, al bajar el último peldaño de la escalera en la prisión de las Capuchinas. El Doctor se sintió sin fuerzas para seguir á Maximiliano hasta el patíbulo; pero presenció el embalsamamiento del cadáver en la Iglesia de las Capuchinas.

fuese revocada de hecho y que por ningún motivo hubiera persecuciones políticas, debiendo concluir toda clase de hostilidades; quería que Bazaine, poniéndose de acuerdo con los Ministros Lares, Marín y con el general Tavera, conviniera las medidas indispensables para asegurar los puntos propuestos, sin que fuera necesario que se externara lo relativo á los documentos que pondrían término á la situación violenta del país, esto es, á su proyecto de abdicación, manifestando que en los momentos en que iba á dejar el país el Soberano, deseaba que ya no corriera más sangre y que para ello se aboliera la ley de 3 de Octubre. Bazaine reunió á los Ministros, les comunicó los deseos del Emperador y quiso que fueran cumplidos; pero los Ministros Lares y Marín se mostraron poco dispuestos á secundar los propósitos de Maximiliano, y Bazaine añadió que no era posible que cesaran las hostilidades ante los ataques de los republicanos.

Sin entrar á la ciudad de Puebla, pernoctó Maximiliano en el Molino del Puente, donde le dió guardia una fuerza del 51 de línea y continuó su viaje para Orizaba.

La noche siguiente pidió hospitalidad en el arruinado curato de la Cañada, y durmió en un cuarto frío y desamueblado que estaba en armonía con los tristes sentimientos del monarca.

A las siete de la mañana dispuso que continuara la comitiva su marcha para Orizaba. Espesa neblina cubría el vasto horizonte que se desarrolla ante las cumbres que Maximiliano descendía á pie, aunque iba atacado por las calenturas; dejó el coche y envuelto en un abrigo gris, y cubierto con un sombrero blanco de alas angostas, bajó rápidamente las montañas que dominan la Tierracaliente, pensativo, con la cabeza inclinada y la vista fija en el suelo; seguía su fiel compañero el Dr. alemán Basch; deteníase á veces para tomar aliento, esperar la escolta y mirar una vez más aquellos grandiosos panoramas que él se figuró contemplar por la última vez. En Acultzingo tomó un frugal almuerzo que le ofreció el cura; allí se notó que habían desaparecido las ocho mulas blancas que tiraban los coches de la corte y fué preciso esperar á que se consiguieran otros tiros por vía de requisición. Al oscurecer llegaba la comitiva al Ingenio, donde multitud de personas á caballo y á pie la esperaban para aclamar y escoltar á Maximiliano hasta Orizaba, á donde quería entrar sin la escolta francesa.

Maximiliano en este viaje á Orizaba fué parando en los curatos, y aunque había dispuesto sus jornadas de manera que no se encontrara con el general Castelnau, estuvieron ambos en la aldea de Ayotla á la hora del almuerzo; pero el enviado de Napoleón III no logró conferenciar y se resignó á partir sin desempeñar toda la gran misión que traía. Ninguna guerrilla molestó á Maximiliano en su viaje, aunque ya del lado de Oaxaca se verificaba el considerable levantamiento de republicanos al mando de Porfirio Díaz. El 24 de Octubre pernoctó Maximiliano en el curato de Acatzingo y entre este punto y la Cañada, se aumentó su escolta con un escuadrón de la contraguerrilla francesa. Maximilia-

no no prescindió del obstinado silencio que guardara desde su salida de Chapultepec.

El 27 de Octubre llegaba á Orizaba; descansó por algunos días de las fatigas del viaje, buscando distracciones en salidas cotidianas á pie ó á veces á caballo, mientras llegaba la hora de embarcarse, pues mucha parte de su equipaje estaba ya en Veracruz, y se esperaba por instantes que partiera, cuando llegaron á Orizaba Miramón y Márquez que hasta entonces habían estado alejados de su país. Ese mismo día fueron llamados por Maximiliano que ocupó varias horas en conferenciar con ellos; poco después convocaba á los Ministros de Estado para juntas que se verificaron el 20 de Noviembre; el acta de abdicación era despedazada y el 22 sabía por una proclama el pueblo mexicano, que el Emperador conservaba siempre las riendas del gobierno.

Veíase en el viaje de Maximiliano, el preludio de una abdicación; la conmoción pública crecía por momentos en la capital al anunciarse la renuncia del Ministerio, que en los primeros momentos rehusaba asumir las responsabilidades de la situación en ausencia del Emperador, y después consintió en conservar el gobierno mediante la promesa imperial, de que la excursión á Orizaba sería de poca duración. Bazaine ofreció al jefe del Ministerio sostener sus providencias administrativas.

Entretanto la alarma y la agitación cundían en la capital; la *Estaffette* fué suspendida por algunos días á causa de haber publicado conceptos y noticias que demostraban la debilidad del Imperio y su marcha á la ruina segura. Se efectuaban porción de prisiones aun de personas empleadas en los Ministerios y continuaban las rogaciones y procesiones, pidiéndose el remedio de las calamidades públicas. La procesión para volver las imágenes de Santa Teresa y la Soledad á sus respectivos templos, fué un acto religioso solemne por la pompa y el brillo en esa vez desplegados; vióse allí al Arzobispo, á todo el clero, las cofradías, autoridades y funcionarios públicos y muchos oficiales del ejército; recorrió la comitiva las calles centrales conduciendo las andas en que iban las imágenes. Asistieron también á ese acto religioso todas las damas de Palacio y muchas señoras de las familias más distinguidas de la capital, luciendo sus cruces las que estaban condecoradas.

El Ministerio de la Guerra activaba la formación de los batallones de cazadores, siendo urgente necesidad el organizar sin demora el ejército nacional, pues se hacía indispensable cambiar las bases para el reclutamiento que era forzoso y se repartía entre los hacendados, estableciendo el de leva ya conocido y empleando oficiales de confianza conforme á órdenes expresas del Mariscal Bazaine.

El general Castelnau no destituyó á Bazaine según lo deseaba Danó, aunque tampoco inculpó á éste por su mala-ventura en el difícil camino de la diplomacia; más bien, en compañía de ambos, se consagró á conseguir la realización de los designios de su Soberano. Con este objeto y ante todo, hizo levantar una acta en que los tres reconocían como único medio de obtener la pacificación del

país, el que Maximiliano abdicara el poder. No fué un secreto ni difícil ver el original de esta acta, cuya copia publicó M. de Keratry, y se la hicieron saber al Emperador, acompañándola con cartas separadas de los tres personajes, en las que desarrollaban ampliamente las razones que fundaban su opinión, y aun le proponían candidatos en favor de los cuales podría dejar la administración pública.

Empeñosamente se habían buscado personas que aceptaran aquel gobierno provisional; erizado de dificultades y que no solamente se había de desempeñar sin gloria, sino que se le abandonaría vergonzosamente. Los imperialistas leales al jefe que habían reconocido y admitido, no quisieron sacrificar su conciencia en bien de los franceses; los republicanos, los enemigos de las personas que componían la administración del Sr. Juárez, habrían querido recoger con gusto el girón de gobierno para oponerlo á sus correligionarios que iban á triunfar, y tal vez solamente algunos conservadores obcecados habrían admitido el poder para entregarlo al general Santa-Anna, que debía suponerse agraviado por la mala aceptación que tuvo su Manifiesto de Elizabethport. Pero ni los liberales exaltados, ni los reaccionarios resueltos, podían servir para salvar las dificultades con que tropezaban los franceses, siéndoles necesario á éstos para salir avante, contar con personas de buen nombre y que dieran algo de su honradez en beneficio de una Convención, toda humillación y vergüenza.

Los candidatos que los franceses proponían á Maximiliano para el gobierno, negaban su consentimiento para semejante postulación; aun hubo quien ignorase que se hubiera pensado en él para ese puesto y llegó á saberlo demasiado tarde y en circunstancias muy difíciles.

En esos momentos tan críticos, los recursos de Maximiliano llegaban al completo agotamiento, al declarar en París la comisión de hacienda, que no tenía fondos para pagar el rédito semestral de Octubre, á los tenedores de obligaciones premiadas referentes á los empréstitos. Con este motivo habían sido dirigidas al gobierno de Napoleón numerosas reclamaciones, por los portadores de aquellos títulos, y llevaron su disgusto hasta hacer demostraciones tumultuosas en la puerta de las oficinas de dicha comisión. Los tenedores de esas obligaciones pertenecían en casi su totalidad á la clase pobre y eran cerca de trescientos mil.

Aquí, el gobierno de Maximiliano, conforme al tratado Arroyo-Danó quedaba también sin recursos, pues no recibiría de las aduanas ni un centavo, y aun en el caso más favorable, apenas obtendría un corto auxilio de las aduanas que habrían de quedar á disposición de los comisarios franceses, conforme á la Convención que el gobierno francés había declarado que comenzaría á regir desde el 1.º de Noviembre próximo.

Si con la precepción total de los derechos no se podía cubrir el presupuesto de gastos, era seguro que aumentaría considerablemente el *déficit*, al disminuir casi hasta el agotamiento los recursos. Tomadas las rentas de Veracruz y eva-